

ma la invocan como la Walkyria á Sigfrido, llamado á continuar el heroísmo y la gesta épica de Sigmundo. Los anillos de la cadena no deben romperse, la serie no debe interrumpirse; llegue ya esa juventud.

\* \*

La crónica periodística la hacen á maravilla nuestros vecinos. El *Figaro*, *Los Debates*, *El Tiempo*, *Gil Blas*, están salpicados de crónicas ingeniosas y deliciosas, que desfloran un tema, se enroscan alrededor de él, lo acarician, lo tratan del modo más atractivo, chispeante y ameno, y del suceso sin aparente importancia, de la fruslería, de la observación sensacional, pero que el público no interpreta, hacen bocado dulce para el lector, golosina siempre fresca é incitante. Se cree por lo general que la crónica es efímera; que su efecto se borra apenas el periódico ha caído al cesto de los papeles desechados. Sin duda que es efímera la crónica; nadie archiva las crónicas, y á veces los mismos que las escriben se desdennan de recogerlas en volumen, considerándolas hojas que se lleva el aire, palabras dispersas que no merecen durar. Mas no por eso dejan de producir su efecto, de contribuir en su medida á la cultura, vulgarizando mil impresiones delicadas y aficionando á una lectura más fina y más sugestiva que la de los mazorrales fondos. Los fondos, aquellas indigestas empanadas de antaño, han tenido ya que adaptarse á la gracia y ligereza de la crónica, para que el público los tolere.

\* \*

Las mujeres descuellan como cronistas periodísticas. Las redactoras de *La Frontera*, con *Severine* á la cabeza, hacen primores en ese terreno, siguiendo la tradición de aquel célebre vizconde de Launay, que también era una mujer, y que dejó un insuperable modelo de crónicas en sus folletines semanales de *La Prensa*. Eran tan entretenidos, que los analizó Sainte Beuve y los definió con palabras en las cuales encuentro las tablas de la ley de la crónica, el decálogo del cronista, para escribir el artículo «picante, rauda, alegre, paradójico, no siempre falso; en el cual se debe resbalar y no insistir, rozar á flor de epidermis, sorprender los caprichos y las manías sociales, tomar lo frívolo por lo serio y lo serio frívolamente, escribir como se habla en un salón, y disfrazar con el buen sentido la risa, y con el relampagueo de la frase la vacuidad del fondo.»

En suma, la crónica es un fruto del ingenio y de la habilidad literaria. El sentimiento exaltado, la vehemencia, no caben en la crónica. Tampoco la gravedad, la machacona insistencia.

Después de las crónicas de Delfina Gay y de algunas páginas de Alfonso Karr y *Figaro*, quizás no he leído en ese estilo nada que tanto me gustase como ciertos artículos contenidos en la colección *As farpas*, del eminente escritor portugués Ramalho Ontigão. Hace tiempo que no oigo hablar del autor de *As farpas*, y cuando hace un año estuve en Lisboa, durante los festejos del Congreso de la Prensa, supe que se encontraba enfermo, retraído, abatido por sus males, en el campo — en ese período de la vida en que las letras ya nos abandonan. Aquella pluma llena de donaire creo que se ha secado. Ningún escritor peninsular puede, á mi juicio, disputarle á Ramalho la primacía de la crónica.

\* \*

Estos días ha surgido en la prensa una discusión acerca de la clase de premio que el Jurado quiso ó no quiso otorgar al pintor Sorolla en la Exposición de Berlín. El asunto tiene ya muchos años de fecha, y en todo esto de las calificaciones oficiales caben errores y aciertos. Lo que no cabe es duda alguna acerca del carácter y puesto de Sorolla en nuestra pintura Moderna. Hay ocasiones en que, por necesidad ó por gusto, formamos en nuestra mente algo que podría llamarse el cuadro sinóptico del *valor nacional* (tomada la palabra *valor* en su amplio sentido; la calidad por la cual una cosa es digna de estimación y aprecio). El encargo de la *Sociedad de edición artística*, que me pide un libro sobre *El arte español en el presente siglo*, me ha obligado á encasillar, por decirlo así, en la cabeza el arte contemporáneo. La primer casilla de la nueva generación, la ocupa Sorolla.

No le señalo este lugar por razones de escuela ó de sistema. Yo en pintura, y generalmente en lo que se refiere á las artes plásticas, nunca fui *realista*, ni *naturalista*, ni ninguno de esos dictados que aquí han tenido á veces el sonido de motes feos, y siguen teniéndolo, ya que hace pocos días leí en un diario que un artículo ha sido denunciado al fiscal «por na-

turalista.» Mis opiniones acerca de arte no son denunciables. Me agrada el arte casi inmaterial. Las estatuas griegas me persuaden por la belleza, ritmo y armonía de sus líneas, no porque sean reales, pues ni en la raza más perfecta del mundo sería real tanta nobleza de formas; y en cuanto á los pintores que se dejan impregnar completamente de realidad, por ejemplo Velázquez, no me causan aquella impresión singular y verdaderamente refinada que, verbigracia, el Greco ó el incomparable Botticelli. Y es que mi concepto del arte está influido, fatalmente, sin que para eso haya remedio, por los ideales literarios. Siempre veré, detrás de una obra de arte, un concepto, un pensamiento, un símbolo y una manifestación más ó menos clara y expresiva de algo cerebral, superior á los sentidos y á la mera reproducción de la realidad sensible. Todo esto voy diciéndolo para que no se atribuya á prevenciones sistemáticas (aunque podría atribuirse á todo menos á eso) el sitio preeminente que otorgo á Sorolla, en cuyos estudios la verdad del ambiente, del sol, del color, de la figura, es algo extraordinario.

\* \*

En compañía de un ilustre paisajista fui al taller de Sorolla, donde no había estado hacía tiempo, y vi lo que tenía dispuesto para remitir á la Exposición Universal, con algo más destinado á la venta, no pocos bocetos y estudios, y hasta un *panneau* decorativo destinado á la *serre* de los marqueses de Valdeterrazo. Naturalmente atrajo mis miradas y cautivó mi atención el *gran cuadro*, del cual tanto se habla, y que por fin ha recibido el nombre de *Triste herencia*. Triste es, no sólo la herencia, sino la impresión que causa en el ánimo aquel trozo de verdad trasladado á la tela por la mano del gran artista. No sé si los dolores y los males del tiempo viejo, de los pasados siglos, llegan á sernos indiferentes y hasta á causarnos cierta impresión humorística, ó si es que la intención, en los pintores de otras épocas, no era tan caritativa y profunda como la de los actuales; lo cierto es que los granujas, golfos, bobos, pobres de ropa, miserables en fin, de Murillo y de Velázquez, no deprimen el ánimo como lo deprimen, en el lienzo de Sorolla, las criaturas raquíticas, cojas, ciegas, escrofulosas, que hunden sus cuerpos en el mar ó aguardan en la playa el instante de chapuzarse también.

\* \*

No me cabe duda; el cuadro hace sentir porque está sentido antes. No basta ciertamente exponer un pedazo de la vida, con indiferencia, á nuestros ojos; en el modo de exponerlo, en la intención, está el secreto del efecto que produce. Sorolla vió la escena á orillas del mar; presenció la operación de bañar á las criaturas recogidas en un Asilo, á quienes un hermano de San Juan de Dios lleva á que busquen en las ondas un poco de fortaleza y de vigor para su emprobecido organismo; y Sorolla afirma que no hizo más que reproducir lo que sus pupilas vieron. Para mí es indudable que Sorolla reprodujo una *emoción*, y que por eso, aparte de prodigiosos méritos de factura que tratándose de Sorolla había que descontar de antemano, y sin los cuales la obra no sería lo que es, la emoción eleva esa misma obra por cima de sus hermanas, y el público de París, acostumbrado á admirar al genial valenciano, se dará cuenta de esta superioridad moral del cuadro, y la sentirá como yo la sentí.

\* \*

Los sufrimientos de la humanidad no importaban gran cosa á los artistas antiguos. Búsqese un rastro de piedad en la pintura clásica, y no se encuentra. Sentimiento religioso, sí; pero no humano. Los tiempos no eran compasivos. Murillo, el célico Murillo, pinta el granuja, con su roña y su miseria á cuestras, y no se le ocurre otra cosa. Sorolla pinta la lástima, el ansia caritativa, que nos aqueja hoy, en este siglo calumniado, en el cual ha sido rehabilitada la niñez, regulado su trabajo, casi establecido su derecho á la vida y á la salud. Y esto, que Sorolla lleva dentro, á fuer de hijo del siglo, es lo que se revela en el lienzo al cual auguro en Francia gran notoriedad, porque de esa fuerza no serán muchos los que lleguen á la Exposición. Aunque el cuadro provoque á tristezas, admirable es el cuadro. Yo no lo juzgo á estilo de taller; yo no voy á detallar ciertas particularidades; yo no expreso sino la impresión de conjunto. Ya sabremos cómo ha dejado nuestro pabellón el autor de *Triste herencia*.

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### CRÓNICAS Y CUADROS

Con motivo de haber abierto *El Liberal* un concurso ó certamen para premiar crónicas periodísticas, se ha discutido mucho estos días qué es una crónica y cómo se caracteriza propiamente ese género, de origen no tan francés como la gente supone, ya que Feijóo fué realmente algo cronista, y no hay que decir si lo fueron otros periodistas españoles de la primera época de la prensa.

No faltó quien sostuviese que no podía ser *crónica* lo que el popular diario designaba para el premio, en atención á que había de tratarse en ella de algo todavía no transcurrido: del Carnaval. La crónica, decían, versa sobre asuntos de actualidad: sobre lo presente; sobre lo que está aconteciendo. Otros entendían la cuestión de muy distinto modo, más recatadamente, á mi ver: en primer lugar, Carnaval lo hay todos los años; el Carnaval es de actualidad constante; no es un hecho que se presenta alguna vez y después pasa á la categoría de los olvidados. Y además, es actual lo que pronto sucederá y cuya proximidad se anuncia — como es igualmente actual lo que acaba de suceder.

\* \*

Saco en consecuencia que el asunto señalado por *El Liberal* es muy periodístico, adecuado para una crónica y con la nota de actualidad que el género exige imperiosamente. Y también comprendo que no por eso encierra menos dificultades y será menos digno de alabanza el que lo trate y desempeñe con perfección.

Yo no lo he intentado. No porque la *crónica* no me atraiga, sino porque me hacen fuerza los argumentos de los que han entendido que estos certámenes son patrimonio de la juventud literaria. Puede que tengan razón. Sería tan grato ver aparecer en el palenque á esa juventud, numerosa, briosa, animosa, brillante, soñadora, con el empuje que prestan los pocos años y con la cantidad de esperanzas y alegrías que acompañan á los períodos aurales de la existencia, que verdaderamente es cosa de dejarles el campo libre en las justas del entendimiento y del arte. Venga la juventud, en buen hora; yo creo que todos los escritores ya duchos en las lides de la plu-